

Una visión más optimista

Nos han parecido innecesariamente pesimistas las declaraciones formuladas por el Ministro de Economía, casi simultáneamente ante el Consejo de Estado, el día 27 de octubre, y a un diario argentino — "Ambito Financiero" — el 28.

Dijo el Cr. Arismendi: "Hay demanda deprimida por la situación argentina y la de Brasil, así como la valorización del dólar con respecto a las monedas europeas".

La demanda de nuestros vecinos inmediatos por los bienes y servicios que ofrecemos está deprimida por tres factores: aguda depreciación de sus monedas, caída de su producto nacional en términos reales, y restricciones gubernamentales a las importaciones. La de los países europeos, básicamente por el hecho de que nuestra unidad de costos, y por ello nuestra oferta, está atada al dólar, y esto significa una pérdida de competitividad apreciable. (El lector debe tener presente que el dólar se apreció 40 o/o desde 1980 frente al marco, mientras la inflación fue algo mayor en EE. UU. que en Alemania, y que esto es representativo del fenómeno general.) Las ventas a los países vecinos y a los de Europa representan el 70 o/o de nuestras exportaciones; por eso, vino a decir el Ministro, enfrentamos una contracción de la demanda agregada y padecemos recesión. "Los problemas", dijo textualmente, "vienen del exterior".

Es obvio que, desde semejante punto de vista, el área en que nuestra política económica puede hacer cosas útiles se percibe como sumamente estrecha. "¿Qué problemas podemos resolver?" se preguntó el Cr. Arismendi. Al responder, el Ministro aludió a las medidas tomadas para amparar a los exportadores contra las altas tasas de interés, y para refinanciar las deudas de los sectores productivos más agobiados. Podría haber agregado una referencia a las medidas para sostener el nivel de empleo en la construcción, mediante el apoyo crediticio del BCU al BHU, para apuntalar el sistema financiero, y para procurar liquidez internacional al BCU. Todas medidas de carácter parcial, referidas a síntomas de la en-

fermedad; ninguna que intente dirigirse a la causa del mal. Si todos los agentes patógenos son extranjeros, obviamente, no puede pensarse siquiera en ir más allá. Como dijo el Ministro: "no podemos resolver la recesión mundial, ni la situación argentina..."

Esto define claramente la política económica uruguaya en la actualidad. Se trata de comprar tiempo y esperar que las cosas mejoren en el exterior. El Ministro Arismendi lo expresó de manera gráfica a los periodistas argentinos: "Se nos ha dicho que estamos comprando tiempo, pero siempre que llovió paró". La política de Noé, podría decirse. Aquella vez dio buenos resultados, pero sólo para los que consiguieron pasaje en el Arca.

En realidad, se trata de una política innecesariamente fatalista, y exageradamente pesimista. No debería serle difícil al Ministro convencerse de que hay fuerzas recesivas internas, sobre las que podemos actuar, y que si bien el éxito en esa acción no nos devolvería la prosperidad plena — las fuerzas externas que mencionó el Cr. Arismendi son harto reales — mejoraría decisivamente nuestra situación.

La tasa de interés por préstamos en pesos se sitúa entre 60 y 70 o/o para tomadores de primer línea, o sea (descontando la devaluación tabular) entre 25 y 30 o/o en dólares. La "prime rate" anda en los EE.UU. por 12 por ciento, y en el Uruguay andaría por el 13-14 o/o, si nuestra economía estuviera dolarizada. Valga lo que valiere la idea de dolarizar como propuesta de política, sin duda ofrece un término de comparación válido. El nos muestra que la tasa de interés interna no es un reflejo de la internacional, ni nada que remotamente se le parezca.

Una tasa de 25-30 o/o en dólares bastaría para explicar una fuerte contracción real. Sin embargo, no es más que parte de la historia. Medidos los precios internos en dólares, estamos experimentando una fuerte deflación, del orden del 12 o/o, tasa que debe agregarse a la tasa en dólares para calcular la tasa real. Esta se ubica entonces entre 40 y 50 o/o. Es una tasa paralizante. Nadie puede dudar

de que, aún en una coyuntura externa normal, esa clase de tasa nos sumiría en la depresión.

¿Cómo es posible que se demanden préstamos a esas tasas? Hay una sola explicación posible, y ella es que los agentes económicos asignan a la perspectiva de devaluación un índice probabilístico muy alto. Firmas que podrían tomar préstamos en dólares se rehúsan a correr el riesgo cambiario pertinente. La mayoría de las multinacionales tienen prohibido a sus filiales tomar posiciones vendidas en divisas. En una palabra, las expectativas de un cambio próximo de la paridad fuera del sistema cambiario tabular dominan la coyuntura. Bastan para explicar el grueso del nivel de desempleo. Bastan para explicar el grueso de la caída del precio de los activos reales, del consiguiente deterioro de las carteras bancarias, casi toda la contracción de la demanda por nuevos bienes de capital, y buena parte de la contracción de la demanda por bienes de consumo.

¿Por qué esas expectativas, en contradicción abierta con las declaraciones de nuestras autoridades? Presuntamente, porque la gente piensa que los uruguayos somos muy semejantes en lo pertinente a los argentinos y a los chilenos, y saben que allende el Plata y los Andes una combinación de desempleo, quiebras y pérdida de reservas forzó al cambio de política, pese a las protestas de los gobiernos en contrario. Particularmente pertinente es el caso chileno, porque allí no jugó ni el cambio de autoridades ni el déficit fiscal. Presuntamente la gente cree en la sinceridad de las declaraciones de nuestras autoridades, pero piensa que la fuerza de los hechos puede hacerles cambiar de opinión en cualquier momento.

Esas expectativas representan una variable sujeta a control por una razón muy sencilla: porque el gobierno puede volver imposible la devaluación. Puede quemar sus naves. Cambiar la política de Noé por la de Hernán Cortés. Salir de debajo del paraguas, remangarse, y sacar adelante el país. Sin duda es una visión mucho más optimista que la que transmitió el Ministro de Economía.